

CALABAZAS

en el trastero



Dark Space Opera



Presenta

CALABAZAS



en el trastero

CALABAZAS



en el trastero



Dark Space Opera

Créditos:

Primera edición digital: noviembre 2017

Código: COD 9785400038635050127

Ilustración de portada: Maria Delgado Prieto
(theartinthedark.com)

Maquetación y diseño: Miguel Puente y Kachi Edroso

Corrección de estilo: Juan Ángel Laguna Edroso

Editor: Juan Ángel Laguna Edroso

Prólogo (cortesía de Noche): Erica Gómez Gris

Autores: José Luis Alonso, Jesús Ayuso, Miguel Chamizo,
José Manuel Fernández Aguilera,
Javier Fernández Bilbao, Salomé Guadalupe Ingelmo,
Juan Miguel Gutiérrez de la Solana Sánchez,
Juan Ángel Laguna Edroso, Pablo Loperena,
Ana Nieto Morillo, Ramón Antonio Suárez Moreno,
María Tordera y Víctor Villanueva Garrido

Edición: Saco de huesos

Paseo Fernando el Católico, 59. ED 5A, 50006 Zaragoza

Más información: www.sacodehuesos.com

Un proyecto de la asociación cultural La Biblioteca

Fosca

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Hacia dimensiones oscuras

La *space opera* es un subgénero que tiene todos los elementos para crear la mejor literatura de evasión. Da pie a toda la fascinación propia de la fantasía pura, con unos horizontes tan amplios que da la impresión de que todo cabe en ellos, y, además, apuntala esta con la tramoya de la ciencia ficción, haciendo así que la sensación de verosimilitud crezca de tal forma que si bien somos conscientes de que estamos en planetas imaginarios o imaginados, el parentesco con la realidad sea suficiente para que la euforia de la libertad nos toque un poquito más de cerca. No es de extrañar que, en cierta manera, sus historias sean herederas de aquellas narraciones de mundos exóticos y, posteriormente, pero cuando aún no se había explorado todo el orbe, de hipotéticas civilizaciones perdidas.

Sin embargo, aunque estas notas de aventura, asombro y realización parecen predestinadas a ser las principales dentro del subgénero, es inevitable que diferentes autores hayan variado el rumbo para, con los mismos cimientos, construir edificios

narrativos que ahondan en otras direcciones. Dentro de estos senderos divergentes, cómo no, están los que vuelven a las tinieblas, quizás porque, en el fondo, nos resulta muy difícil viajar lo suficientemente lejos para olvidar lo que nos atterra aquí, ahora y, muchas veces, por siempre. Así, el escapismo propio del género de aventuras se puede tornar en una trampa aún más opresiva por contraste.

El maridaje, sin duda, es excelente. Por un lado, en las dimensiones inabarcables de la *space opera* hay espacio, cómo no, para todo tipo de amenazas y monstruos exteriores. Se adopte el rol pasivo-espantado del horror cósmico lovecraftiano en clave técnica o se reinventen los terrores de los navegantes que ya se entreveían nada menos que en la *Odisea* para revestirlos de los ingredientes siderales correspondientes, es fácil poner el acento en la fragilidad del ser humano en un entorno que no está pensado para él y que, a todas luces, nos viene grande en muchos sentidos.

Por otro lado, al transportar a nuestros protagonistas a un entorno tal, sus miserias y sus fallas se realzan: sumidos en un escenario tan delicado, donde más que nunca queda patente hasta

qué punto somos pequeños, es fácil que los defectos y las mezquindades se vean exacerbados. Del mismo modo que lo mejor del ser humano brilla en la hora más adversa, esta también da pie para que aflore lo peor de nuestra naturaleza, a título colectivo o individual, o, por lo menos, nuestras contradicciones.

Por si no fuera poco, la *space opera* se presta a ponernos en manos de los horrores derivados de los avances tecnológicos, desde la proverbial falta de responsabilidad sobre nuestros actos hasta el escalofrío de vernos superados por nuestras propias creaciones, sean robots, ordenadores o computadores de a bordo, pasando, cómo no, por los deliberados malos usos que cualquiera, en un momento dado, puede dar a poderes demasiado grandes para estén en manos de meras personas.

Para redondear la jugada, nos encontramos con que cualquier modelo social, circunstancia histórica, conflicto político, bélico o interracial (o *interespecial*) tiene cabida y cuenta con la complicidad inicial del lector, de manera que el autor puede permitirse partir de las hipótesis que más le convengan para ahondar en el terror de su elección. Choques de civilizaciones, el crecimiento

excesivo, la decadencia, la distopía, la ley de la frontera, la rigidez de los espacios cerrados... el abanico es inmenso.

Puede que esta sea la clave más evidente del potencial de la *dark space opera*, lo que explica por qué un subgénero que podría habernos brindado sin excesivo esfuerzo buenos ratos de desconexión no ha podido resistirse a darnos buenos malos ratos de escalofríos y cavilaciones: en su tramoya y en la disposición a la huida del lector tenemos una oportunidad perfecta para abordar los viejos temores del ser humano desde una perspectiva privilegiada. Y es que, a veces, no está de más mirar hacia las estrellas para ver mejor lo que palpita, inquieto, en nuestros pechos.

Erica Gómez Gris

Amanecer Galáctico

Por Víctor Villanueva Garrido

La Amanecer Galáctico era una nave enorme, incluso para los estándares del Imperio Eterno. Disponía de una superficie habilitada para la vida humana superior a la de muchos planetas enanos. Algo más de cinco mil seres humanos viajaban en ella. Eran todo lo que quedaba de un imperio que, una vez, había gobernado cien mil millones de soles.

La princesa emperatriz Irania se sentaba en su poltrona elevada en los Jardines del Trono, una extensión en parte bosque, en parte jardín, cubierta con una cúpula transparente. Hacía ya tres años que no se veían estrellas en esa bóveda. La Amanecer Galáctico no viajaba ya por la galaxia, sino fuera de ella, a miles de años luz sobre el plano galáctico, cerca del abismo del Más Allá. Escondiéndose.

Sin embargo, cada cierto tiempo, el rumbo de la nave ponía los Jardines del Trono directamente bajo la luz de la galaxia, un resplandor iridiscente y deslumbrante de cien mil millones de soles. Desde

que aquello sucedía, la nave en que viajaban fue rebautizada –antes se llamaba ManVit 237H– como Amanecer Galáctico, y se hizo costumbre que los pasajeros se reunieran allí para ver la prodigiosa luz de la Galaxia cuando se asomaba por la cúpula. Irania estuvo conforme con trasladar allí el viejo trono que había estado, durante siglos, en el palacio imperial de la Tierra. La humanidad necesitaba de ceremonias que transmitieran esperanza, ella bien lo sabía.

La princesa Irania sonrió a su hermana pequeña, Liryan, que estaba de pie a su lado. Era una niña enigmática. Irania apenas la había conocido, ni la había visto crecer, pero le recordaba en todo a sí misma de pequeña. A veces, pensaba con turbación, era como si realmente lo fuese. Pero aún con todo, sentía por la niña una gran ternura.

–Es precioso –le dijo su hermana–. Siempre lo es. Pero no contendrá a los Draclons.

–No –reconoció Irania mirando hacia la galaxia con el mentón súbitamente apretado–. No los detendrá. Pero nos ayuda a recordar que merece la pena resistir.

–¿Tú crees?

Irania se volvió alarmada hacia su hermana.

–¿Cómo dices? Ya hemos hablado muchas veces...

–Sí, lo sé, pero he oído cosas.

El almirante y las demás autoridades de la nave estaban cerca, alrededor del estrado, así que Irania atrajo a su hermana hacía sí y bajó la voz.

–¿Qué cosas has oído?

–Hay quien dice que cada amanecer es una tortura –susurró la niña–. Que nos recuerda que la única esperanza está en la desesperanza. Que lo mejor sería que los Draclons nos encontraran y nos extinguieran definitivamente. Que...

–Chsst –le cerró la boca su hermana–. Dime dónde has oído eso.

La princesa Liryan sonrió.

–Ya sabes que me gusta acercarme a los corros de gente mayor y esconderme para que no sepan que estoy escuchando. –Irania asintió; también a ella le había gustado hacerlo de niña–. Se lo he oído decir a varias personas, algunos gente común y corriente, y otros de posición elevada, incluso nobles. Hablan de un sitio donde se van a reunir, en los motores de babor.

Irania sintió un escalofrío. Su propia hermana le estaba advirtiendo de una conspiración. La luz de la

galaxia ya iluminaba de pleno los Jardines del Trono y seguiría haciéndolo unas horas más, por lo que la mayoría de la gente empezó a abandonar los paseos para dirigirse a sus quehaceres. Las autoridades de la nave se acercaron para hacer a la princesa emperatriz la reverencia protocolaria antes de marcharse.

Irania estuvo tentada de compartir la revelación de su hermana, al menos con quienes contaban con toda su confianza, como el almirante, que tanto le recordaba a su padre. Pero decidió, no sin ahogo, que lo mejor era no fiarse de nadie. O sí, solo de una persona. Del único que podía salvarla y salvarlos a todos. El único hombre al que había amado, y del que no sabía nada desde hacía cinco años.

El abogado Ramiro Brey se acomodó en el asiento del todoterreno con el portafolios en el regazo. Había recibido una llamada de su cliente el día anterior, el doctor Roberto Jiménez, citándolo a las diez de la mañana sin falta. El doctor Rodrigo Beltrán, socio del doctor Jiménez en el prestigioso hospital Benedicto XIII, había pasado a recogerlo a primera hora.

–¿Es verdad que el doctor Jiménez rechazó el premio Nobel? –preguntó por buscar conversación.

–No exactamente –respondió Beltrán, conduciendo atento al tráfico de Zaragoza–. En realidad, se enfureció al enterarse de que alguien pretendía proponerlo como candidato.

–Es neurólogo, ¿verdad?

Beltrán suspiró. El viejo abogado que había estado llevando todos los asuntos de Jiménez había muerto recientemente y su trabajo había sido repartido en el bufete. Ahora le tocaba a él explicarlo todo desde el principio a aquel joven letrado.

–Hasta hace cinco años, sí, era un prestigioso neurólogo, director del Benedicto XIII. Pero todo cambió cuando Irene, su mujer, sufrió un ictus. Un accidente cerebrovascular, de tipo hemorrágico, a consecuencia del cual quedó en coma.

–¿Qué pasó entonces?

–Bueno, Roberto decidió dedicarse exclusivamente a ella.

–He leído algo sobre eso –dijo el abogado abriendo el portafolios que apretaba contra sí–. Una mujer extraordinaria, creo que era escritora, ¿verdad?

–Sí, escribía novelas de ciencia ficción.

–Desgraciadamente –continuó el abogado blandiendo unos certificados– creo que el de ella es un caso incurable, sin recuperación posible. Así lo certifican muchos y cualificados doctores, y...

–Yo entre ellos –le interrumpió Beltrán–, y estoy seguro de que Roberto, en el fondo, lo sabe también. Es imposible que Irene se recupere. Como quien dice, habría que fabricarle un cerebro nuevo, con sus cien mil millones de neuronas. Él lo sabe tan bien como yo.

–Entonces, ¿diría usted que Roberto Jiménez sufre, digamos, una obsesión, que va más allá de su comprensible vinculación personal?

El doctor Beltrán suspiró de nuevo.

–Lo cierto es que en el caso de Irene hay... circunstancias inusuales.

–¿Qué clase de circunstancias inusuales?

Beltrán dudó. Era la parte de la que más le costaba hablar. Se sentía como si reconociese la existencia de duendes.

–Aun en estado comatoso, sus pupilas muestran un movimiento veloz y errático, que evidencia una actividad REM.

–¿Me lo puede explicar con palabras sencillas?

—Que está soñando, abogado —dijo con la vista fija al frente—. Esa mujer lleva cinco años sin dejar de soñar.

La princesa emperatriz Irania se miró en el espejo de su tocador, en sus aposentos privados, mientras se maquillaba disfrazando su apariencia.

Cinco años atrás, habían llegado los Draclons. Nadie supo de dónde procedían. Algunos decían que siempre habían estado allí, esperando su momento. Eran innumerables. Ni siquiera estaba claro si eran múltiples seres o una sola entidad dotada de infinitud de avatares. Parecían bolas de un extraño metal orgánico y proyectaban haces de energía que esfumaban la vida.

Su irrupción en la galaxia fue una invasión en masa. Todos los planetas y las colonias del Imperio Eterno de la Tierra fueron arrasados, sus habitantes convertidos en polvo y los árboles en aserrín seco. Dos años le costó a Irania reunir a todos los supervivientes, por entre planetas desolados, convertidos algunos en pantanos sombríos, otros en desiertos sin sombra ni recuerdo de vida; pero infestados todos por las creaciones de los Draclons: seres de pesadilla, de formas no digeribles para el

cerebro humano, con una única finalidad en su existencia: perseguir y destruir toda forma de vida.

Y después, la huida en la Amanecer Galáctico. El sueño enloquecido de Robius Rex, xenoingeniero, pirata espacial... y su esposo. Él la había diseñado y construido a lo largo de su vida. Quería ser el propietario de la nave más grande que el universo hubiera visto jamás.

Irania sonrió con nostalgia. En su adolescencia, había huido del aburrimiento y la hipocresía de la corte, buscando aventuras en planetas remotos. Había pasado su juventud recorriendo la galaxia, a menudo sin que nadie en la familia real conociese su paradero, en compañía de criminales y convictos. Fue en aquella época cuando conoció a Robius, que se hacía llamar Rex. Rey de los piratas, se proclamaba.

Cuando lo conoció, su arrogancia la exasperó. Pero después la ingenuidad que subyacía bajo esa arrogancia se le hizo enternecedora. Se amaron, se casaron y ella estuvo dispuesta a renunciar a su título para viajar con él por la galaxia.

Pero entonces llegaron los Draclons. Su invasión fue rápida, implacable y eficaz. La Tierra, capital del Imperio Eterno desde incontables eones, estalló

como un huevo aplastado, acabando de un golpe con la familia imperial y todos los órganos administrativos. Solo se salvaron ella y su hermana pequeña, Liryan, que empezaba sus estudios en un exclusivo colegio de Alpha Centauro.

Fue entonces cuando Robius le anunció su plan: un plan desesperado para una emergencia desesperada. Le mostró su proyecto de mundo-nave, un faraónico delirio que había completado sin otro objetivo más que navegar por la galaxia mostrando su ingenua arrogancia. Ahora esa nave, que él había bautizado como ManVit 237H, habría de ser la penúltima esperanza de la humanidad. La última sería él mismo, que partiría lejos de la galaxia, hacia el abismo del Más Allá. Robius decía conocer leyendas, relatos de viejo astronauta, según los cuales, tal vez, de un viaje así pudiera volver con recursos.

Mientras tanto, ella debía reunir y guiar a todos los refugiados que hubieran sobrevivido a la invasión. Y lo más difícil: mantenerlos con esperanza.

Y a juzgar por lo que le había contado su hermana pequeña, estaba fracasando.

La princesa se colocó un ajustado mono negro de reflejos mates y se enfundó a la cintura una pistola de rayos de protones, pequeña pero efectiva. Había decidido acercarse sola y con discreción a la zona de motores de babor. Esperaba que nadie reparara en ella, si es que la veían. Tal vez, pensó, aquella reunión tampoco sería gran cosa. Quizá fueran solo un par de docenas de descontentos desahogando juntos sus penas.

La superficie habitable de la Amanecer Galáctico era enorme, pero no toda estaba ocupada. Igual que en un planeta hay páramos desolados, la nave tenía bosques de maquinaria y pantanos de combustible. La zona de los motores de babor era así, un terreno encharcado de aceites y fluidos, sembrado de hélices, tuberías y grandes pistones, todo bajo la luz mortecina de apliques de plástico.

Irania no tuvo dificultad en encontrar a los que se reunían por allí, porque no se escondían. Eran muchos más de lo que esperaba. Y no se limitaban a desahogar su descontento, sino que celebraban espantosas ceremonias de muerte.

Hombres y mujeres de todas las edades refocilaban sus cuerpos desnudos unos con otros y, llegados al paroxismo, se daban muerte con

cuchillos, con las manos o con los dientes. La sangre derramada se negaba a mezclarse con el aceite del piso y se extendía en charcos de rojo brillante. Otros danzaban al ritmo cacofónico pero regular de la maquinaria, alocadamente, buscando el éxtasis en la extenuación; y cada vez que uno caía al suelo, agotado, los demás destrozaban su cuerpo a golpes y patadas.

Entre todo aquel carnaval macabro, también había quien parecía rezar, y otros que sermoneaban a los demás. Irania se movió entre las sombras, acercándose para oír a uno de ellos.

—Adorad a la muerte misma, cuyos avatares y heraldos son los que conocéis por Draclon. Porque solo la muerte misma puede liberarnos, liberarnos de la promesa falaz de la esperanza, de un millón de amaneceres que no anuncian día alguno. ¡Clamad a la muerte! Así clamaréis a los Draclons, que al fin llegarán y os liberarán.

Irania retrocedió con cuidado, sintiendo las lágrimas quemarle los ojos. No dudó de que lo que predicaba aquel hombre era cierto: si había alguna manera de invocar a los Draclons, de alertarlos de su posición y atraerlos, era así, con ceremonias de muerte. Los Draclons eran pura muerte.

Fue directa hasta la sala de mando de la nave a grandes zancadas, sin cambiarse siquiera, de modo que cuando entró, tardaron en reconocerla. El alivio la hizo estremecer al comprobar que el almirante – su padre, de alguna manera–, estaba allí. La posibilidad de que pudiera contarse entre los traidores la había llenado de pánico.

–Hay que sellar los motores de babor –ordenó sin explicaciones, dirigiéndose a los cuadros de mando–. Y después descomprimirlos. Ni una gota de oxígeno en esa zona.

–Quizá haya gente allí –dudó el almirante, confuso.

–La hay. Precisamente es a quien hay que ahogar, de inmediato. Aunque ya sea tarde.

–¿Aquí es donde está la clínica?

Brey no pudo contener más su estupefacción. Llevaban un rato circulando por la desolada estepa de los Monegros. Podía entender que estuviera apartada de la ciudad, pero aquello eran decenas de kilómetros desierto adentro.

–Aquí, sí. Es la primera clínica del mundo que utiliza el sistema de mantenimiento vital inventado por Roberto, el ManVit 237H.

–Lo sé, he leído los documentos de las patentes del doctor Jiménez.

–Es un sistema que desarrolló para mantener a su mujer indefinidamente con vida. Gracias él, aun con el cerebro devastado, Irene mantiene las mismas expectativas de vida que cualquier persona con hábitos saludables. Siempre que cuente con una voluntad de vivir firme, puede cumplir los cien años. Eso le da tiempo a Roberto, cree, para encontrar una forma de reanimarla.

–Bien, motivos personales al margen, fue muy acertado dividir el invento en varias patentes. Creo que el doctor Jiménez se hizo muy rico con ello.

–Sí, y debo estarle agradecido. Ha disparado el prestigio del Benedicto XIII y me vendió sus participaciones del hospital a precio de risa. Después montó aquí la instalación ManVit 237H, hace tres años, y trajo a su mujer. Desde entonces, ella es el único paciente que trata.

–Apenas se sabe nada de sus investigaciones de ese tiempo a esta parte.

–Sí, ha sido muy discreto.

–Más que discreto. De hecho, tengo una consideración de demanda contra la revista New

England Journal of Medicine por citar un estudio suyo sin su autorización.

—Sí, lo sé, sobre los ciclos del sueño. Ya le digo que sus informes y colaboraciones han estado llegando con cuentagotas. No digo que sea una praxis muy elogiabile, pero Roberto está en su derecho. Aunque, personalmente, creo que lo que ocurre es que es consciente de que no puede llegar a ningún resultado positivo con Irene. Soñando o no, no puede reanimarse. Tarde o temprano, lo aceptará.

—Hay dos noticias —dijo la princesa emperatriz a la tripulación del puente—, una buena y otra mala. La buena es que ya no hay traidores a bordo. Todos queremos vivir para ver un amanecer más y esperar que Robius regrese con ayuda.

—¿Y la mala? —preguntó el almirante.

—Que vienen los Draclons. Alerta roja en toda la nave.

Irania pronunció unas pocas palabras, proyectadas en pantallas por toda la Amanecer Galáctico. No se explayó, ni tampoco ocultó ninguna verdad. De forma sucinta, explicó que ya no tenían a dónde seguir escapando. Los Draclons los habían localizado e iban a lanzar su ataque definitivo, aquel

con el que extinguirían a la raza humana para siempre. Pero sabía que todos los que estaban en la Amanecer Galáctico creían que merecía la pena luchar creyendo en la promesa de Robius, en la esperanza de un amanecer.

La verdad, aunque no lo dijo, era que ella misma sentía poco optimismo. Casi con seguridad, Robius habría desaparecido en las inmensidades del Más Allá, y ellos también desaparecerían pronto. Pero si habían de morir, lo harían con esperanza, nunca con fatalismo desquiciado, como los horribles bacantes que había visto.

Como temía, los Draclons no se hicieron esperar. Llegaron en racimos de esferas que se desperdigaron en torno a la Amanecer Galáctico. Sus cañones disparaban rayos de energía que lo atravesaban todo y apagaban la vida de lo que tocaban.

Irania corrió al hangar y saltó dentro de la cabina de su caza, una versión mejorada del caza estándar de cuatro alas y ocho cañones. Se lanzó al espacio y se unió a la furiosa batalla.

La artillería de la Amanecer Galáctico destruía con precisión las esferas Draclon y los cazas las superaban en habilidad y rapidez. Pero ellos los superaban en número: no dejaban de llegar más y

más. Proyectaban rayos invisibles que lo atravesaban todo, pero solo dañaban lo vivo. El más leve roce de uno de aquellos rayos convertía a los humanos en ceniza.

En otras ocasiones, Irania había disfrutado del placer del pilotaje y el combate, la velocidad vertiginosa y el cálculo rápido de decisiones. Pero no aquella vez. Eran demasiados. Las esferas, al destruirse, estallaban en hermosos colores. Los cazas humanos, en cambio, cuando su piloto era tocado por uno de aquellos haces de muerte, quedaban a la deriva. Ya se veían más cazas muertos que esferas estallando. Irania podía imaginar cómo la gente corría sin parar por el interior de la Amanecer Galáctico, intentando esconderse inútilmente, cayendo desintegrados uno tras otro.

La voz del almirante se oyó en los altavoces de la cabina.

—Son demasiados, alteza, sois el último caza que queda operativo.

—Vuelvo a la nave, ayudaré en la defensa.

—Negativo: no hay defensa posible, la Amanecer Galáctico es una ratonera; estamos cayendo todos, sin orden, unos tras otros.

Irania quiso responder algo, pero las palabras se ahogaron en su garganta. El almirante continuó:

–Tienes que alejarte, hija mía: márchate lejos.

–¿Dónde? –preguntó Irania con voz estrangulada –. Ya no hay más allá donde ir.

–Mientras tú existas, existirá el Imperio. Debes continuar.

La princesa emperatriz vio el orificio del cañón de una esfera Draclon apuntándole directamente. Por un momento, saboreó cómo sería dejar de existir. ¿Como el espacio pero sin estrellas ni amaneceres galácticos, quizá?

Y de súbito, la negror que imaginaba se diluyó con el estallido multicolor de la esfera, seguida de cientos más. Todas las esferas Draclon estaban estallando.

Irania sintió su corazón galopar cuando distinguió, entre las explosiones, pequeños cazas de una tecnología que no había visto nunca, una especie de cápsulas de escamas plateadas con una luna transparente por la cual se veía a los pilotos, inequívocamente humanos. Aquellas extrañas naves parecían proyectar unas auras doradas que destruían sin oposición las esferas Draclon.

La princesa emperatriz rió de pura felicidad cuando a los mandos de una de aquellas naves, sonriéndole con ingenua arrogancia, reconoció a Robius.

La propiedad estaba vallada y un guardia de seguridad comprobó sus identidades. Cuando pasaron y vio la clínica, al abogado le sorprendió lo modesto del edificio, apenas más grande que una vivienda pequeña. A su alrededor había algunos coches aparcados.

Al bajar del todoterreno, echó de menos la calefacción del vehículo. En aquella inmensidad de nada hacía mucho frío. El abogado se subió las solapas del abrigo y aceleró el paso siguiendo al doctor Beltrán.

—Es una clínica muy pequeña —observó.

—Piense que es un hospital para una sola persona.

En la entrada había un médico esperándoles. Beltrán se lo presentó como el doctor Vázquez. Se le veía enfurruñado.

—El doctor Jiménez os está esperando —anunció con el entrecejo fruncido.

—¿Has estado con él?

—Oh, sí. Roberto ha pasado toda la noche en la sala del ataúd de cristal, encerrado trabajando. Y hace un rato, sí, he estado con él. Está más loco de lo que pensábamos. Venid, tiene que enseñaros algo.

La sala del ataúd de cristal, como románticamente la llamaba Vázquez, estaba en el sótano, y era para lo que funcionaba el resto del complejo. Era de una blancura aséptica, que parecía hecha de bloques de hielo luminoso y cálido. En el centro había una mujer tendida en una cama, con los delgados brazos por fuera de la sábana. En la cabecera, un armatoste con aspecto de árbol, con la superficie cubierta de cápsulas de escamas plateadas, conectaba su cabeza a múltiples ramilletes de cables. Otra rama del mismo artefacto conectaba otros tantos cables a la cabeza rapada de otra persona, que yacía en una cama paralela. Pese a no haberlo visto nunca en persona, Brey identificó de inmediato al doctor Roberto Jiménez.

Vázquez entregó a los sorprendidos visitantes dos sobres, uno «A la atención de Rodrigo Beltrán» y otro a la de «Ramiro Brey, abogado».

—Así lo he encontrado hace un rato —explicó—. Me ha dejado instrucciones de los nuevos protocolos

para la clínica. Ahora vamos a tener a dos pacientes, al parecer.

El contenido del sobre de Beltrán era un gran mazo de folios con textos, dibujos y diagramas.

—Detalla el funcionamiento de la nueva máquina, esa que los conecta —concluyó tras un rápido vistazo—, y las instrucciones de mantenimiento.

El legajo de papeles que hojeaba Brey no era mucho menor.

—Aquí habla de la administración de su patrimonio, incluyendo las patentes de los componentes de ese... esa máquina. Entre otras cosas. Pero no lo entiendo, ¿desde cuándo...?

—Ya se lo he dicho —respondió Vázquez—. Así lo he encontrado hace menos de una hora. Ha pasado la noche aquí metido, con órdenes claras de que no se le molestase hasta la mañana. No es algo inhabitual. Pero esta noche ha estado más ocupado que de costumbre.

—¿Pero él solo...?

—Usted es el abogado, ¿no? Pues anóteselo bien: ni yo ni ningún miembro del personal de esta clínica se ha prestado a colaborar en semejante... medio suicidio, o como se le pueda llamar. Él solo se ha preparado, se ha conectado y se las ha arreglado

para destruirse el cerebro, provocándose una lesión cerebral idéntica a la de su mujer. —El médico torció el gesto con una mueca de agria admiración—. Idéntica.

Beltrán dejó rápidamente sus papeles sobre una mesita y fue hacia el cuerpo de Roberto Jiménez. Le levantó un párpado y vio cómo la pupila se movía por el blanco del ojo, nerviosa y errática.

—Nunca se propuso reanimar a su esposa —comprendió—. Lo que pretendía desde el principio era reunirse con ella.

La luz de la galaxia, lejana pero resplandeciente, iluminaba los Jardines del Trono con su característico fulgor irisado.

La princesa emperatriz Irania, junto a Robius Rex, rey de los piratas, fueron aclamados en el salón. Compartieron su alborozo con todos los tripulantes de la Amanecer Galáctico. Al cabo de un tiempo, la gente se desperdigó para celebrar el fin de los Draclons, unos en público y otros en privado. La princesa y el pirata quedaron solos en el estrado, sentados al pie del trono, cogidos de las manos, deleitándose en el contacto añorado. Para ellos era como si no hubiera nadie más. Quizá no lo había.

–¿Dónde has estado? –preguntó ella–. ¿Quiénes son todos esos que han venido contigo?

–No lo sé –respondió Robius, confuso–. No recuerdo nada del Más Allá. Solo que volví de allí al mando de un ejército y que hemos pasado los últimos ciclos limpiando los planetas de la galaxia. Prácticamente todos están ya habitables y listos para albergar colonos. La vida comienza de nuevo en la galaxia.

–Siempre supe que volverías.

–Pues yo no estaba tan seguro de encontrarte. Desde luego hay que reconocer que te escondiste bien. De no ser por el ataque masivo de los Draclons no hubiéramos dado contigo. –Levantó la mirada–. Aunque hay que reconocer que teníais buenas vistas, aquí.

–¿Pero de verdad no recuerdas nada del Más Allá?

Robius hizo un esfuerzo, mirando dentro de sí mismo, y tuvo la desasosegante impresión de estar colocándose entre dos espejos con una vela encendida.

–Solo... solo consigo recordar una cosa.

–¿Qué? –preguntó Irania.

–Que te echaba de menos.

Entonces se abrazaron y se besaron, iluminados por cien mil millones de soles.

Unas palabras del autor de «Amanecer Galáctico»:

Mi nombre es **Víctor Villanueva Garrido**, vivo en un pueblo de Teruel y he colaborado en cuatro números de *Calabazas en el trastero: Especial Mitos de Cthulhu, Asesinos históricos, Conspiraciones y Siglo de sombras*.